DE ALIVIO

MONÓLOGO

Escrito expresamente para la Srta. Doña Carmen Cobeña.

Estrenado en el Teatro de la Comedia la noche del
27 de Febrero de 1897

Á LA SEÑORITA DOÑA CARMEN COBEÑA

En testimonio de admiración, de agradecimiento y de cariño, su verdadero amigo

JACINTO

PERSONAJES

CARMEN. . . . . STA. D.ª CARMEN COPEÑA.
UNA DONCELLA. . . . . (QUE NO HABLA.)

EN MADRID

DE ALIVIO

ESCENA ÚNICA

Gabinete elegante.—Aparato telefónico.

(Al levantarse el telón la doncella arregla unas flores en un jarrón.)

CARMEN

(Dentro.) ¡Eugenia! ¡Eugenia! Corre la persiana... Así. *(Sale.)* Entra mucho sol en el gabinete. Deja las flores; yo las arreglaré. *(Vase la doncella.)* ¡Qué sol más escandaloso! *(Dejando caer una cortina.)* Hoy me asusta la luz. *(Mirándose al espejo.)* Me parece que este vestido es demasiado claro. Cuando lo elegí parecía otra cosa. Dominaba lo negro. Ahora parece que domina lo blanco. La modista me dijo que era el alivio más discreto; blanco y negro, á rayitas. Como dice Hinestrosa, luto de viuda, á rayas como las falsillas, para que no se tuerzan. *(Pausa.)* ¡Un año y dos días! ¡Cómo se pasa el tiempo! Se ha pasado el año sin sentir. ¡Ay, no! ¡Dios mío! Sintiendo mucho... quiero decir que se ha pasado muy pronto. Estos dos días últimos me han parecido los más largos. Verdad es que han sido muy tristes. El aniversario, las visitas, recuerdos... Y todo el mundo que me encuentra muy mejorada, más gruesa... Y me lo dicen con intención. La verdad es que estoy muy buena, á pesar

de lo que he sufrido; porque he sufrido mucho. Como que este color no es natural... es decir, natural, sí; porque yo no me pinto como Felisa, que es una viuda al cromo. Pero ya se lo he dicho al médico; este color y este aspecto de buena salud no son propios en mi situación de ánimo. Debo tener alguna lesión, alguna lesión cardíaca; pero el médico dice que no tengo nada en el corazón... Tendré que cambiar de médico; yo creo que no me entiende. No sabe mandarme más que tila; todo lo más, bromuro... ¿Qué se habrá figurado? Y mucho ejercicio. Pase el ejercicio. Así he tenido un pretexto para pasear durante el luto. Pero ahora dice que no me convienen las visitas, ni las reuniones, ni los teatros; aire puro, mucho aire... muy higiénico, pero muy aburrido; precisamente donde una puede divertirse es en los sitios cerrados. La Casa de Campo, la Moncloa; ni siquiera me permite el Retiro... ¡Cuando digo que no entiende mi enfermedad. Voy á decir á Felisa que me dé las señas de su médico; un homeópata; por supuesto, si le pregunto á Felisa las señas de su médico, ya sé lo que me contesta: rubio, con barba, buena figura, treinta y dos años... porque la enfermedad de Felisa es crónica como el médico.

A una mujer sola, viuda y joven, debe asistirla un doctor venerable, como el mío, para que la gente no murmure. ¡Ay, qué difícil es el papel de viuda! Sin querer tiene una que pensar en dejarlo... por el mundo. Todo lo que una hace se observa y se comenta. Es natural. Las mujeres nos miran con desconfianza, las solteras y las casadas; nuestro estado intermedio les inspira recelos; somos... algo así, como las fronteras; por eso estamos tan vigiladas. ¡Y hay cada carabinero!

Luego ¡las viudas tenemos una leyenda! Los que escriben comedias, ya se sabe, en cuanto tienen que sacar á una señora trapisondista, viudita. ¡Claro! Es lo más cómodo. Una viuda puede saber tanto como una casada, y puede remediarlo todo como una soltera... y la moral siempre se salva. ¡Así es, que andamos en unos enredos por esos teatros! Sobre todo, monólogo sin viuda no se comprende. ¡No parece sino que las viudas nos pasamos la vida haciendo monólogos!

Como se escribió una *Perfecta casada* debía haberse escrito *La perfecta viuda*, para que supiéramos qué conducta seguir.

El año del luto, menos mal, entre la Casa de Campo y la iglesia... por supuesto, iglesia que no tenga puertas á dos calles. Pero ahora, ¡de alivio! Esto sí que es un interregno dentro de otro interregno... ¿Interregno?... Sí, no quiero pensarlo; pero la restauración se impone. Lo difícil es elegir soberano... Entretanto ¿qué vida debo hacer? ¿Qué relaciones debo frecuentar? Yo no puedo vivir encerrada entre cuatro paredes... pero también, si me exhibo demasiado... ¿Por la mañana? No hay que preocuparse; como ahora, misa en San Pascual, compras... media docena de libros en una goma y un paquetito de golosinas, lo justifican todo. ¿Por la tarde?... No, lo que es por la tarde se acabó la Casa de Campo; al Retiro en coche, á dar vueltas y vueltas alrededor de aquel demonio que mira al cielo tan enfadado: si mirara á la tierra, de seguro se ponía contento al ver con cuánto gusto nos lleva el diablo en coche por aquí bajo.

Si la tarde está fría ó lluviosa, de visitas, visitas de confianza, agradables; las de cumplido que molestan se hacen en los días hermosos, de sol, para no encontrar á nadie en casa. ¿Por la noche?... La noche es lo más delicado.

Puedo atreverme con algún lunes clásico. Iré al palco de la marquesa de San Serení. Una señora muy respetable, de quien nadie puede decir nada... en este siglo, porque nadie la ha conocido joven. En bailes tampoco debo pensar todavía. El alivio de luto y el escote me parecen incompatibles, porque los escotes de alivio son ridículos... y á mí me gusta escotarme ó no escotarme. Yo no soy como la de Moncada, que consulta con el confesor cómo ha de vestirse; verdad que el escote de la de Moncada es materia de fe. ¡Cuando el padre Romillo, que tiene la manga muy estrecha, la permite 60 centímetros!

Nada, renuncio á los bailes. Afortunadamente la marquesa de Tomillares recibe los viernes. A su casa puedo asistir; es una casa *comm'il faut*, sociedad muy escogida. Allí no se habla mal de nadie, ni de los amigos. No es como en casa de los de Santa Tecla. ¡Qué trapisonda! Allí se admite á todo el mundo. ¡Y qué mal tono! La de Santonja ¡canta unos *couplets* franceses! Y sirven helados de fresa y de flor de naranja en copas azules ¡y con copete! Trascienden á café de la esquina desde una legua. El marqués pregunta al ofrecerlos, ¿de qué color le gustan á usted más, querida? ¡Es chistosa la casa de los marqueses de Santa Tecla! ¡Santa Tecla! Todos estos nobles improvisados llevan títulos de santos, agradecidos al milagro, sin duda.

En fin; no me faltará donde pasar las veladas; sin contar con que Felisa recibe á sus amigos todas las noches después del teatro, y si no he asistido este año... ya de alivio... y eso que Felisa... Es una buena amiga, ya lo sé, me ha acompañado mucho este año sacrificando mil diversiones; la estoy muy agradecida, pero... su trato es peligroso. ¡Ha dado tanto que hablar! Como á

su casa no van más que viudas y solteronas, y en cambio los hombres todos son casados... ¿Todos? No. Hay uno soltero... ¡Uno! Y ese uno va por mí; ni á la tertulia, sino muy temprano, á las horas en que sabe que yo puedo ir... Y oye mi misa en San Pascual todas las mañanas... y ha hecho tres novenas por mí. ¡Pobrecillo! La verdad es, que seguir á una viuda en el primer año de luto, no es muy divertido. El parece muy serio; es diputado silvelista; ya es una garantía: no es mala figura... buena posición... haciendas en Extremadura y dos casas en Madrid, una en la calle del Carmen; por cierto que tiene dos cuartos desalquilados, que rentan 12.000 reales cada uno, subí á verlos por casualidad y pregunté al portero; dice que tiene la casa muy mal administrada... ¡Un hombre sólo! Que está enamorado de mí, no hay duda... con buen fin... debo suponerlo, porque me conoció casada y nunca se atrevió á insinuarse... Yo le tenía por tonto. Después he rectificado mi opinión; es un hombre ilustrado, distinguido... El caso es que yo, por lo menos en otro año, no puedo pensar en nada... ¡De alivio todavía! No, no debo pasar de una buena amistad... la rayita blanca del corazón. Lo que es la costumbre... Ya no me parece tan claro el vestido como cuando me lo puse. Bien decía la modista; es un alivio discreto... (*Mirándose al espejo.*) ¡Y yo que no me atrevía á salir á la calle!... Con esta tarde tan hermosa... Voy á avisar por el teléfono á Felisa... que iré á buscarla en coche para dar una vuelta por... ¡Pobre Felisa! ¡Con una tarde tan hermosa llevarla á la Casa de Campo!... ¡Si me atreviera! ¡Un año y dos días!... En coche cerrado... Si, ¿porqué no? Al Retiro. Con los cristales subidos. (*Llama al teléfono.*) ¿Central? Comunicación con el 7.044... ¡Cuánto tarda! ¿No estará en casa?—¡Fe-

lisa!—Sí, yo soy. ¿Tienes algún compromiso esta tarde? —No oigo nada.—¿Quieres ir al Retiro conmigo?—Al Retiro.—Sí.—En berlina.—Hasta ahora.—¿Eh? ¡Que atrocidad! (*Tocando el timbre.*)—¡Felisa!—¿Con quién hablo?... Ha habido un cruce... ¡Ya decía yo! (*Fingiendo voz de hombre.*)—¿Qué?—No señor, no es el cuartel de San Gil.—No hay de qué.—Finjo voz de hombre para que no se enteren de que he oído esas atrocidades. ¡Cómo está el servicio! (*Toca el timbre y sale la doncella.*) Diga usted á Julián que enganche en seguida. Tráigame usted un sombrero. (*Sale la doncella y á poco vuelve con un sombrero negro.*) Iré á cuerpo. (*Mirándose al espejo.*) Nada, muy serio... demasiado serio... Unas violetas aquí. (*Prendiéndose unas violetas al pecho.*) Son flores de alivio. (*Mirando el sombrero.*) Debía haberme comprado aquel sombrero con adorno malva... El malva es de alivio. ¡Si no se acostumbra una poco á poco!... Felisa se alivió el luto con azul marino. . Y después de todo, el verdadero luto no está en el traje... ¿Y en el corazón? Hagamos examen de conciencia... ¿A cómo está de alivio? ¡Ay! ¡Que se yo! ¡Un rosa pálido!...

Debo animar el sombrero con algo. (*Buscando en una caja.*) Aquí debo tener una cinta gris y unos golpes de azabache... A ver... Sí... Esto es. ¡Precioso! Así... Ya lo creo, de alivio... Ahora lo prendo con alfileres... Mañana compro el modelo de Mme. Pierny... (*Suena el timbre del teléfono.*) ¿Quién?... ¿Será Felisa?... ¡Dios mío! (*Muy aturdida al oir la voz que le habla por el teléfono.*) —Sí, pensaba salir...—Á las cuarenta horas.—No, ya no salgo, os espero.—Me conviene; no me encuentro muy buena.—Ejem, ejem... (*Finge tos, muy cerca del aparato telefónico.*) Hasta ahora...

¡Qué contratiempo! Dos primas de mi marido, dos

solteronas insoportables, que me odian con toda su alma... No pudieron venir el día del aniversario y han decidido pasar esta tarde conmigo... ¿Cómo las digo que no pensaba quedarme en casa?...

¡Buena me pondrían!... Avisaré á Felisa que ya no me espere.—¿Central?—¡Ah!... Sí, en casa, en casa .. Son ellas todavía; no han quitado la comunicación... Voy á pasar una tarde divertida.—¿Central?—7:044...

Recordarán á su primito, al primito, con quien las dos pretendieron casarse en sus tiempos... Y ahora, parecen ellas las viudas según le lloran y le recuerdan, todo porque parezca que yo no le he sentido bastante. (*Timbre del teléfono.*)—¿Felisa?—No hay nada de lo dicho.—Las primitas, ya sabes, han decidido hacerme un aniversario esta tarde.—Compadéceme.—¿De veras? ¡Qué buena eres! Sí, ven, ven.—¿Que no vienes sola?... ¿Un caballero?—¡Vamos!—Pero mujer, ¿y las primas?—Tienes razón ¡ven pronto!

¡Pobre Felisa, es más buena! Vendrá á confortarme en tan amargo trance... Y no viene sola; aquel caballero está de visita en su casa, y como yo le he ofrecido la mía, se cree en el deber de visitarme con motivo del cabo de año... ¡Ay! ¡Al fin y al cabo!... ¿Pero qué actitud debo tomar ahora? Si las primas me ven de alivio y con flores... á los dos días del año... ¡Imposible! (*Se quita las violetas.*) Me pondré de negro y tendré que llorar; sí, lloraré mucho á ver si las aburro y no vuelven; si es preciso me dará un ataque de nervios. ¡Lo que es hoy no me ganan á sentimiento! ¡Eugenia, Eugenia! (*Entra la doncella.*) Voy á cambiar de vestido... el de misa... Llévate este sombrero y las flores... Espera. (*Colocando unas flores al pie de un retrato que habrá sobre la chimenea.*) Pondré este manojo aquí, al pie del retrato. Tráeme

dos pañuelos. (*Vase la doncella.*) Hoy se fastidian las primitas. Vendrán con la cantinela de costumbre... ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Pobre Ricardo! Habrá quien lo sienta tanto como nosotras, pero más, imposible... Luego entro yo... Tú estás muy joven... estás guapa... Estás... Así, con intención: lo más que concede una mujer á otra es que está joven y que está guapa, pero que lo es, ¡nunca!... Estás joven... El tiempo todo lo borra... No faltará quien te pretenda... No falta, no... ¡Eso quisieran ellas!... Y la verdad es que, si Felisa viene con él, van á parecerle ridículos mis extremos... Ridículos, si sospecha que no me es indiferente... y si no ha descubierto en mí inclinación marcada todavía, si duda de haberme interesado, tomará en serio mis aspavientos y desistirá de sus pretensiones, si le parezco una viuda inconsolable... ¡No, no! Seguiré de alivio... y con violetas. (*Vuelve á ponerse el ramo.*) Y no lloraré... unos cuantos suspiros es bastante: porque también, si no muestro algún sentimiento, ¿qué juicio formará de mí? Pensará, con razón, que por él haría lo mismo si me quedara otra vez viuda... ¿Otra vez viuda?... ¡Ay, ya lo he pensado!... ¡Otra vez viuda... es decir, otra vez casada, es lo que yo quería pensar!... Lo pensaremos. Llaman... (*Va hacia la puerta del foro.*) Las primas... y Felisa con ellas... y él... Todos á un tiempo... ¡Señor! ¿Qué cara pongo? ¿Risueña?... ¿Triste? (*Al público.*) Ustedes dirán... ¡No quieran ustedes verme triste!

TELÓN

ÍNDICE

	Págs.
El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). . .	1
Gente conocida (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).	77
El marido de la Téllez (boceto de comedia en un acto).	227
De alivio (monólogo).	295

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO